

Reseña

Teoría de la Educación. Capacitar para la práctica

Luis Núñez Cubero y Clara Romero Pérez (Coords.), Madrid, Pirámide, 2017

Carmen Álvarez Álvarez¹

Algo hay en el complejo mundo de las relaciones teoría-práctica en la educación que por más vueltas que se le dé, resulta difícil satisfacer al profesorado en ejercicio, investigadores, profesorado en formación y resto de agentes implicados. El libro que reseño supone una nueva aportación en este campo que ayuda a identificar algunas de sus aristas. Tras la realización de mi tesis doctoral (Álvarez Álvarez, 2011) navegando por mares de dudas tratando de dar respuesta a cómo se puede potenciar la relación entre el conocimiento académico y las prácticas docentes, he tenido la suerte de descubrir esta reciente aportación, de gran interés para los estudiosos del tema y para muchos de los lectores de *Perfiles Educativos*.

Como afirman sus coordinadores en la presentación del mismo, hay una creciente demanda de calidad educativa, de profesionalización en los educadores, de buenas prácticas, de reflexión pedagógica fundamentada... es decir, de vínculos estrechos entre las epistemologías y las actuaciones educativas para lograr “prácticas avanzadas”. La *Presentación*, anima cualquier lector a avanzarse en la lectura del texto. Afrontar una vez más el reto de las relaciones teoría-práctica sigue y seguirá siendo necesario. Ayer y hoy seguimos necesitando filosofías que ayuden a producir actuaciones competentes, así como profesionales comprometidos que las pongan en práctica. Sin embargo este gran reto presenta un contrapunto necesario: estudiar prácticas educativas competentes y

¹ Profesora ayudante doctor en la Universidad de Cantabria (España). Doctora en Pedagogía. CE: carmen.alvarez@unican.es

profesionales que nos ayuden a producir o perfeccionar las filosofías existentes. En este primer eje se sitúa el libro (realizar propuestas teóricas) y en esta idea me recrearé para reseñarlo, porque constituye su mayor éxito y su más grande limitación.

Bajo mi punto de vista, cuatro elementos definen el libro:

- Se ha tratado de enmarcar en una única disciplina, la de *Teoría de la Educación*, a la que pertenecen sus coordinadores. Sin embargo, el asunto de las relaciones teoría-práctica es de tal envergadura que su estudio no puede reducirse a una disciplina, por amplia que pueda ser considerada ésta. No obstante, se aprecia la actualización pedagógica de los autores, ya que no es habitual que desde esta área se aborde un asunto tan relevante como lo es la dimensión profesionalizadora.
- Reúne una polifonía de voces de autores (de dos países, Bélgica y España) y de disciplinas académicas (pedagogía, psicología, sociología) que hace que los diferentes capítulos que configuran el libro no sean unívocos en su objetivo, lo cual provoca que la obra presente numerosas ventajas, pero también de inconvenientes.
- Son capítulos sintéticos, actualizados en su bibliografía en inglés, español y francés y de algún modo hacen converger dos visiones: la española, de fuerte tradición filosófica, y la belga, de fuerte tradición experimental.
- Pese a que está estructurado en dos grandes partes (*Teorizar la práctica* y *Transformar la práctica*), de cuatro capítulos cada uno, hay entre ambas bastante continuidad académica: en ningún capítulo se aborda un trabajo empírico explorando realidades educativas concretas y poniéndolas en relación con las ideas teóricas propuestas. Si bien los primeros capítulos son epistemológicos, los siguientes también, aunque con una ligera intención de influir en las prácticas de los profesionales de la educación.

No obstante, sus ocho capítulos nos colocan ante algunos de los grandes debates en la materia. El primero, uno de los más interesantes para mí, titulado *Capacitar para la práctica a través de la teoría*, muestra las discrepancias que hay entre la teoría (abstracta, generalizable, conceptual) y la práctica (concreta, situacional, resolutive), hace un marco

teórico sobre la disciplina de la Teoría de la Educación (historia y competencias) y sitúa la complejidad de la práctica educativa. Los lectores que se acerquen a este capítulo pueden descubrir algunas de las paradojas e incertidumbres que se producen en el campo de las relaciones teoría-práctica en la educación. El debate queda abierto.

El segundo capítulo, titulado *Reformular la práctica a través de las filosofías educativas* sitúa diferentes filosofías educativas (humanistas, funcionales, hedónicas, eudemónicas y sociocríticas y ecológicas) que han tratado de responder a las preguntas de para qué y en qué enseñar. Su lectura da pie a reflexionar sobre los fundamentos filosóficos en los que apoyas las prácticas educativas, pero echo en falta en este capítulo que los autores mostrasen ejemplos reales y actuales de estas filosofías en la acción para que el capítulo lograra una capacitación para la práctica en el lector más efectiva. ¿Qué prácticas escolares hoy guardan conexión con estas filosofías educativas? También me pregunto en cuáles de estas filosofías se inspiran las propuestas políticas, económicas, educativas y sociales de nuestro actual sistema educativo.

El tercer capítulo, titulado *Determinar el modelo de acción a través de los paradigmas psicopedagógicos* expone cinco paradigmas psicopedagógicos (conductual, cognitivista, constructivista y socioconstructivista) y en su repaso por sus principales fundamentos plantea quiénes son sus principales representantes, qué significa enseñar, qué significa aprender y qué metodologías pedagógicas son las más apropiadas desde cada lógica paradigmática. Su lectura, presenta un indudable interés, pero como en el capítulo anterior, se echa en falta una mayor conexión con la realidad escolar. ¿Cuál es el paradigma dominante hoy en los centros y por qué? ¿Es un paradigma puro? A la luz de unas prácticas educativas concretas o de la docencia de un docente concreto, ¿qué perspectivas se relacionan con cada paradigma?

El cuarto y último capítulo de la primera parte, *Impulsar una acción transformadora: educar para la democracia y el bien común* se hace un diagnóstico sociológico bastante preciso de nuestro contexto actual mundial (globalización, hegemonía mediática, hambre, pobreza, analfabetismo, etc.) y se propone educar para la democracia, para el desarrollo y para la solidaridad. Sin embargo, ¿cómo hacer esto? Echo en falta un análisis de las

propuestas más interesantes y asequibles que se están desarrollando en los centros educativos en este campo o indagar sobre cómo lo están haciendo posible los docentes más apasionados y comprometidos con el tema.

La segunda parte del libro (*Transformar la práctica*) no muestra la lógica por la que fueron seleccionados los contenidos que la componen y por momentos he sentido que se trata de una amalgama de capítulos situados bajo un mismo epígrafe sin que esté claro el hilo argumental que los conecta. El quinto capítulo y primero de la segunda parte, titulado *Promover la autonomía de los estudiantes* se dirige a proponer un marco conceptual que pretende ilustrar a los profesionales de la educación sobre la relevancia de potenciar la autonomía (autorregulación y autodeterminación) de los estudiantes. Sin embargo, tras su lectura echo en falta conocer cuáles son las pautas clave para que los docentes puedan desarrollar una intervención que promueva la autonomía del alumnado y cuáles son los programas que se están desarrollando al respecto. ¿Qué hacen los docentes que logran que sus alumnos sean autónomos? ¿Cuáles son las mejores prácticas para lograr la autonomía del alumnado? Ya que esta segunda parte trata de “transformar la práctica” parece especialmente necesario mostrar los resultados de los estudios al respecto. Coincido con la idea de potenciar la autonomía de los estudiantes, pero como docente me pregunto: “¿y cómo puedo hacerlo yo?” y no encuentro respuestas.

El sexto capítulo, *Principios evaluativos para combatir doce obstáculos que perjudican los aprendizajes de los estudiantes*, presenta tres taxonomías que pretenden ser útiles en estudios evaluativos (para el dominio cognitivo y afectivo) y doce obstáculos que perjudican el aprendizaje de los estudiantes. Si bien este capítulo da un paso más allá en la búsqueda de relaciones con la práctica, aspecto a valorar, proponiendo técnicas particulares para combatir los obstáculos señalados, su enfoque técnico y psicológico es cuestionable. Si diésemos a leer este capítulo a cualquier docente experimentado y con nociones de pedagogía seguramente rechazaría la simplicidad con lo que se abordan asuntos de gran complejidad. Asimismo, muchos académicos que han participado en la crítica de la creación de taxonomías (como la de Bloom), seguramente también rechazarían la profundidad académica de su planteamiento teórico.

El séptimo capítulo, *La profesionalización de los docentes, un auténtico reto para la educación*, fundamentalmente presenta cuatro corrientes relevantes en materia de profesionalización del docente en su formación inicial y permanente: el *Scholarship of Teaching and Learning* (SoTL), que conjuga reflexión, intervención e intercambio de avances; las comunidades de aprendizaje, que permiten el desarrollo colaborativo entre los docentes; la investigación colaborativa, que forma y agrupa a los distintos agentes educativos mediante la investigación y la participación activa en la reforma de un programa, que obliga a la reflexión y a la acción colaborativa. Efectivamente, estas cuatro propuestas son relevantes hoy y merecen ser destacadas porque su conocimiento por parte de la comunidad educativa puede contribuir a transformar la mejora docente, pero nuevamente sería necesario examinar ejemplos concretos de grupos de profesorado que están abordando estas estrategias en España o en el panorama internacional (sus retos, sus dificultades, sus éxitos, etc.).

El último capítulo, titulado *Optimizar la calidad de la práctica educativa en contextos de equidad* presenta las cuatro fases (diseñar, implementar, evaluar e innovar) que deben seguir los docentes en su trabajo cotidiano para realizar un trabajo profesional. Los autores, a través de una serie de tablas sistemáticas ofrecen valiosas recomendaciones para que los lectores sepamos desarrollar adecuadamente las citadas cuatro fases. Las mismas, aunque en ocasiones son ambiguas, suponen un gran avance en el intento por traducir ideas en prácticas de calidad y acercarse a la práctica escolar. Sin embargo, muchas de estas cuestiones podrían ser cuestionadas a la luz de las culturas profesionales del profesorado: predomina el individualismo y la colegialidad fingida, el magisterio es una profesión mayoritariamente ágrafa y que se desenvuelve en *lo oral*, una cultura de más espontaneidad que planificación, etc. El profesorado no pocas veces se muestra reacio con la tarea de sistematizar, escribir, autoevaluarse, etc.

Una vez que he repasado y valorado su contenido me voy a adentrar en justificar la principal debilidad del libro es ofrecer una mirada profundamente académica de la teoría de la educación en dos sentidos, lo que me deja una sensación agridulce, y ello pese a que se percibe un notable esfuerzo en algunos capítulos al respecto:

- Se echa en falta una mayor vinculación entre las ideas expuestas y las prácticas reales que se producen cada día en los centros educativos, como ya he señalado en relación a algunos capítulos. Animo a los autores a embarcarse en el apasionante mundo de la búsqueda de relaciones teoría-práctica en centros educativos, conviviendo con niños y profesores, entre pupitres, tizas y libros de texto. Futuras producciones pueden ser mucho más ricas para investigadores y docentes si además se incorpora la mirada de los estudiantes, el profesorado y las familias respecto a las teorías y prácticas existentes. Si bien el libro puede ser empleado en la formación del profesorado, su repercusión en los profesionales en ejercicio seguramente sea muy limitada. Es difícil realizar aportes relevantes a los prácticos cuando se publica un libro que puede decirse que “está de espaldas” a la práctica real de los centros educativos, a las experiencias más destacadas del panorama nacional e internacional, a los programas más exitosos, a los casos de docentes comprometidos y apasionados, etc.
- Percibo, en ocasiones, mensajes que me hacen pensar que algunos de los autores se sitúan en posición de expertos y parece que tratan de decirles a los profesionales de la educación lo que tienen que hacer, reproduciendo un enfoque científico-tecnológico al que respondí con contundencia (Álvarez Álvarez, 2012) por su lógica deductiva (del mismo modo que cuestioné el modelo hermenéutico-interpretativo por su lógica inductiva), a la par que abogaba por un modelo dialógico de relaciones teoría-práctica (que colocase la teoría y la práctica en planos de igualdad y que explorase las relaciones teoría-práctica combinando y equilibrando movimientos inductivos y deductivos). Aunque los investigadores nos movamos más en el plano de la teoría, ser universitarios no nos hace gozar de una posición preferente en relación a la escuela y la autoridad como expertos en la educación solemos perderla cuando nos situamos como asesores que les damos ideas para que “apliquen” sin estar en contacto permanente y directo con la vida escolar. Es difícil llegar a los prácticos diciéndoles “como expertos” lo que desde la lógica universitaria se espera de ellos, y, sobre todo, cuando les damos ideas teóricas desligadas de posibles pautas concretas de actuación (aspecto

frecuentemente criticado por los prácticos a los investigadores educativos) o experiencias reales desarrolladas en otros lugares que suponen avances en coherencia con las ideas.

Si bien mi mirada crítica puede desanimar a algunos lectores, invito a todas las personas interesadas en entender y mejorar sus relaciones teoría-práctica a leerlo y sacar sus propias conclusiones, que no tienen necesariamente que coincidir con las mías. Como indican los autores en la presentación, haciendo uso de las palabras de Montaigne, la palabra es mitad de quien la expresa y mitad de quien la recibe.

Reitero que su lectura permite afrontar una vez más el inmenso reto que suponen las relaciones teoría-práctica en la educación. Seguimos necesitando conocer teorías y prácticas comprometidas con la mejora educativa.

Referencias

Álvarez Álvarez, C. (2011). Tesis doctoral: *La relación teoría-práctica en la enseñanza y el desarrollo profesional docente. Un estudio de caso en Educación Primaria*. Oviedo: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo. <http://hdl.handle.net/10803/32139>.

Álvarez Álvarez, C. (2012). ¿Qué sabemos de la relación teoría-práctica? *Revista Iberoamericana de Educación*, 60, 2, 1-11.

Núñez Cubero, L. y Romero Pérez, C. (Coords.) (2017). *Teoría de la Educación. Capacitar para la práctica*. Madrid: Pirámide.